

DOMINGO 34 DEL TIEMPO ORDINARIO — CRISTO REY — CICLO A

El Rey pastor y juez: misericordia, esperanza y servicio — Ez 34,11-12.15-17 · Sal 22 · 1 Cor 15,20-26.28 · Mt 25,31-46

Es el último domingo del año litúrgico y el fin de la lectura continuada del evangelio de Mateo (ciclo A); el domingo próximo, con el Adviento, empieza el ciclo B con Marcos como "evangelio del año".

La fiesta de Cristo Rey fue instituida por Pío XI en 1925 (encíclica *Quas primas*) y se celebraba el último domingo de octubre; la reforma de Pablo VI en 1969 la trasladó, "de muy buen acuerdo", al último domingo del año cristiano. Con ello adquiere un tono claramente escatológico: la mirada a Jesús como Rey del Universo debe guiarse por los textos de lecturas, oraciones y cantos, que invitan a ver la historia como un proceso del Reino que "todavía no se manifiesta" pero se está gestando hasta el final de los tiempos.

Ezequiel 34,11-12.15-17 aporta el **fundamento profético**. El profeta anima a su pueblo en los momentos más tristes de su historia: Dios mismo se presenta como Pastor bueno que apacienta a sus ovejas, las busca y recoge si se dispersan, las libra de peligros y venda a las heridas; la promesa, dice el comentario, se cumplirá plenamente en un futuro rey o Mesías. Es un Dios fiel y misericordioso que también "juzgará entre oveja y oveja", porque el capítulo contiene una queja durísima contra los malos pastores que gobernaban Israel, y eso prepara el evangelio del juicio final: el Juez es el mismo que es nuestro Pastor.

El salmo 22 ("el Señor es mi pastor, nada me falta") alaba la actitud amable y desinteresada del pastor que conduce a las fuentes, repara las fuerzas, prepara la mesa, unge la cabeza y es todo bondad y misericordia.

1 Corintios 15,20-26.28 es el canto paulino a la realeza de Cristo, que se lee también en la fiesta de la Asunción. (El borrador lo sitúa en la segunda carta a los corintios; es la primera, como se señala más abajo.) Cristo ha resucitado el primero; por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida, de modo que la resurrección de Cristo está unida a la nuestra. Hay un orden: primero Cristo, como primicia; después los que son de Cristo; al final Cristo devuelve el Reino a Dios Padre, una vez aniquilados todos sus enemigos, el último de ellos la muerte, y se somete él mismo a Dios, para que Dios sea todo en todos.

Mateo 25,31-46, exclusivo de este evangelio, cierra el discurso escatológico antes de la Pasión. Describe el juicio de manera muy popular: el rey-juez pone a unos a la derecha y a otros a la izquierda, simbolizados por ovejas y cabras. El criterio no es la pertenencia a un pueblo o grupo, sino cómo se ha actuado: si se ha cuidado a los hambrientos, los sedientos, los forasteros, los desnudos, los enfermos y los encarcelados, las "obras de misericordia". Jesús lo dice en positivo y en negativo, con premio y castigo, y siempre con la misma clave: "conmigo lo hicisteis", "tampoco lo hicisteis conmigo". El relato no es propiamente una parábola sino una evocación del juicio final de todos los pueblos, con un diálogo largo entre el juez —Jesús resucitado— y dos grupos de personas.

El fundamento hermenéutico tiene tres piezas.

La primera: la realeza de Cristo es la del Pastor, no la del caudillo. Ezequiel no lo presenta como guerrero ni como rico poderoso sino como pastor solícito de las ovejas descarriadas, heridas o en peligro, y el prefacio de la fiesta proclama sus "credenciales": reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz.

La segunda: el Reino vive una historia dinámica, el "ya pero todavía no": Cristo ha vencido, pero la batalla sigue en sus miembros hasta la plenitud.

La tercera: el examen final versa sobre las obras y no sobre las palabras, con la advertencia ya hecha en Mt 7,21: no el que dice "Señor, Señor", sino el que hace.

Algunos aspectos que aparecen

- La realeza de Cristo como servicio: el Rey es Pastor, médico, guía y liberador; "servir es reinar".
- El juicio por la misericordia: las seis obras (dar de comer y beber, acoger al forastero, vestir, visitar al enfermo y al encarcelado).
- La identificación de Cristo con los más pequeños: "conmigo lo hicisteis".
- El Reino en marcha: Cristo vence ya, pero la batalla sigue; la muerte es el último enemigo; al final, Dios será todo en todos.
- La resurrección de los seguidores de Cristo, unida a la de Cristo, como perspectiva que da sabiduría para vivir el presente.
- La Eucaristía como alimento del camino y anticipo del banquete de bodas del Cordero.
- La fidelidad activa frente al miedo y al conservadurismo (el bloque sobre los talentos).

Algunos matices teológicos

Cristo Rey: Pastor, Juez y Siervo

Las tres imágenes se funden. El Dios de **Ezequiel** es juez y a la vez pastor, guía, médico y liberador; **el salmo** insiste en su amor y su misericordia; y en **Cristo** todo eso se cumple perfectamente: no entendió su reino como privilegio ni buscó poder político, prestigio, fuerza militar o riquezas, y mostró en la cruz que solo el amor y la entrega solidaria salvan al mundo. De ahí la consecuencia para sus seguidores: actitud de servicio y no de dominio, diálogo humilde y comunicación de esperanza, y la convicción de que se evangeliza más con la entrega que con discursos o con la ostentación de las instituciones. Esto se apoya en Jn 18,36 ("mi reino no es de este mundo") y en la visión de Daniel del Hijo del hombre que recibe el reino (Dn 7,13-14), referencias que aporta este análisis.

Pastor que juzga entre oveja y oveja (Ez 34)

La frase del profeta no distingue solo entre buenos y malos pastores, sino entre ovejas: dentro del propio rebaño hay un juicio. La lectura litúrgica omite Ez 34,18-22, donde las ovejas fuertes pisan los pastos, enturbian el agua y empujan con el flanco y el hombro a las débiles hasta dispersarlas; allí Dios promete salvar a su rebaño y juzgar entre oveja y oveja (aporte de este análisis). Ese es ya el criterio de Mt 25: el trato dado a los débiles. El capítulo anuncia además al pastor-David que Dios suscitará (34,23-24), lectura mesiánica, la promesa se cumple en el Mesías.

Escatología: el Reino que viene y la victoria sobre la muerte (1 Cor 15)

Pablo funda la resurrección de los creyentes en la de Cristo, primicia de los que han muerto, y en la solidaridad con el segundo Adán: como en Adán todos mueren, en Cristo todos reciben vida. Esa perspectiva escatológica "nos hace sabios para vivir la vida presente". El Reino atraviesa una historia dinámica: Cristo ya venció, pero la batalla sigue en sus miembros; el último enemigo es la muerte, y al final Cristo entrega al Padre el Reino maduro y perfecto, con todas las generaciones de creyentes, para que Dios sea todo en todos. La "sumisión" del Hijo (15,28) no indica inferioridad de naturaleza —la fe nicena lo confiesa consustancial al Padre— sino el término de la economía de la salvación, cuando Cristo, con todo su Cuerpo, se entrega al Padre.

El juicio por la misericordia (Mt 25,31-46)

El criterio del juicio es el amor concreto: dar de comer, dar de beber, acoger al forastero, vestir al desnudo, visitar al enfermo y al encarcelado. Se destaca la pedagogía de Jesús, que ni siquiera usa la palabra "amor", gastada o ambigua, sino ejemplos concretos como los del buen samaritano; destaca también lo "incómodo" de la página, porque se entiende demasiado: "nos ha dicho cuáles van a ser las preguntas del examen". Añade que lo que cuenta no es lo que sabemos sino lo que hacemos: el examen no incluye, como preguntas, si rezamos, hablamos bien, hicimos penitencia, pertenecemos a una asociación religiosa o hicimos milagros. Todas las personas, sin excepción, serán juzgadas por el mismo criterio, y que lo que da valor imperecedero a la vida no es la condición social, el talento ni el éxito, sino el amor práctico y solidario. La motivación última es cristológica: lo que se hace o se deja de hacer con esas personas se hace o se deja de hacer con él.

Cristo presente en los pequeños y en la Eucaristía

Cristo esta "durante todo el tiempo ahí cerca, en la persona de nuestros hermanos": el mismo que será juez es el que está en el hambriento y el enfermo; y que reina "fundándose e identificándose" con los que más sufren. Lo tenemos presente "de un modo privilegiado" en la Eucaristía, como Palabra viva y alimento de vida, y el Padrenuestro pide "venga a nosotros tu reino"; y la invitación a la comunión, en latín, habla de los invitados a la cena de bodas del Cordero: la mesa eucarística prefigura el banquete celestial. La oración poscomunión de la fiesta pide poder vivir eternamente con Cristo Rey quienes nos gloriamos de obedecer sus mandatos.

La fidelidad activa: no enterrar la vida

Podemos ver que el tercer siervo es condenado no por hacer algo malo sino por esconder lo recibido por miedo; que cierta religión se vive como protección contra Dios y esconde miedo; que la actitud conservadora se disfraza de ortodoxia, sentido de Iglesia o defensa de valores; que la Iglesia no debe ser monumento del pasado ni fijarse como objetivo sobrevivir; y que las virtudes que hay que cultivar se llaman audacia, capacidad de riesgo, búsqueda creativa y escucha del Espíritu. Los matices están en el análisis del Domingo 33 (miedo y rendición de cuentas; conservar y crecer).

Reflexión, 5 movimientos

El primero presenta la perspectiva de resurrección. Pablo basa su catequesis sobre la resurrección de los muertos en la de Cristo: igual que él pasó a la nueva existencia después de inmolarse en la cruz, los que lo siguen serán resucitados después de él. Esa perspectiva nos hace sabios para vivir el presente, y la clave de la salvación final es la solidaridad con el segundo Adán. El Reino, entretanto, vive una historia dinámica y movida, hasta el "examen final" que decidirá la suerte de cada uno.

El segundo, qué clase de Rey es este. Ezequiel no lo presenta como caudillo guerrero o rico poderoso sino como pastor solícito, sobre todo de las ovejas que se descarrían o quedan heridas. Lo mismo hace el salmo. Esa es la realeza de Jesús, que no buscó poder político, prestigio, fuerza militar ni riquezas, y cuyas credenciales proclama el prefacio. La lección para los seguidores es de servicio y no de dominio; se evangeliza más con la entrega que con la ostentación de las instituciones: **"servir es reinar"**.

El tercero, anuncia que seremos examinados sobre el amor. La materia son las obras, no las palabras (cf. Mt 7,21). El examen podría haber incluido otras preguntas —si hemos rezado, si pertenecemos a la Iglesia o a una asociación, si hemos profetizado o hecho milagros—, pero no: se decide por haber imitado la entrega, la caridad y el servicio de Jesús. Jesús, buen pedagogo, evita la palabra "amor" y pone ejemplos concretos. Parecería que esto no está a la altura de la sublime teología del evangelio, y sin embargo es así: el examen versa sobre lo que hacemos. Es impresionante la motivación última, "conmigo lo hicisteis", y por eso se la llama una de las páginas más incómodas del Evangelio.

El cuarto va a la Eucaristía. A ese Jesús lo tenemos presente de modo privilegiado como Palabra viva y alimento de vida. El Padrenuestro pide "venga a nosotros tu reino", y hoy puede rezarse con mayor confianza. La comunión es fuerza para seguir el camino con perseverancia y alegría, y la invitación en latín apunta al banquete festivo del Reino definitivo. La poscomunión pide poder vivir eternamente con Cristo Rey.

El quinto, "la mejor recapitulación del Evangelio", "el elogio absoluto del amor solidario" y "la advertencia más grave a quienes viven refugiados falsamente en la religión". Todos serán juzgados por el mismo criterio; el amor se traduce en hechos muy concretos; lo decisivo no son las acciones religiosas sino los gestos humanos de ayuda, que pueden brotar de un creyente o de un agnóstico; el primer grupo no actuó por motivos religiosos; lo hecho a los necesitados se hace a Dios encarnado en Cristo; y no hay religión verdadera, política progresista ni proclamación responsable de los derechos humanos sin defender a los más necesitados. En cada persona que sufre, Jesús sale al encuentro, nos mira y nos interpela.

El sexto es el bloque sobre los talentos: no al conservadurismo y sí a la creatividad; el miedo como raíz de la religión de protección; la crítica a la actitud conservadora que se disfraza de ortodoxia; y la tesis de que la tarea de la Iglesia no es conservar el pasado sino comunicar la Buena Noticia al hombre de hoy.

Algunas distinciones hermenéuticas que conviene mantener

- **Quiénes son "mis hermanos más pequeños".** La identidad de los "hermanos más pequeños" (25,40.45) es una cuestión exegética abierta. La lectura restringida los entiende como discípulos, sobre todo misioneros necesitados, a partir del uso de

"hermanos" en Mateo (12,49-50; 28,10) y de pasajes como 10,40-42; la lectura universal los entiende como cualquier persona necesitada y es la dominante en la tradición pastoral y social de la Iglesia (cf. *Gaudium et spes* 27, que cita Mt 25,40). El texto no impide que Cristo se identifique también con el discípulo necesitado, y que "todas las naciones" (25,32) suele entenderse como inclusivo de los cristianos: el rebaño de Ez 34 es juzgado desde dentro. La Iglesia no queda fuera del examen.

- **Fe, religión y obras: ¿"principio ético, laico"?** Dos voces. Una dice que el examen no preguntará si rezamos, pertenecemos a la Iglesia o hicimos milagros, pero lo hace tras citar Mt 7,21 y presentando el amor como imitación de Jesús, el "buen samaritano por excelencia". Otra afirma que el principio decisivo no es "ni la fe, ni la religión, ni la espiritualidad" sino solo el trato a los demás, y que será "ético, no dogmático" y "laico, no religioso".

Conviene distinguir lo que el texto dice de lo que se le añade. Mt 25 dice que la misericordia concreta es decisiva y que Cristo se identifica con los que sufren ("conmigo"); no dice que la fe sea irrelevante ni opone fe y obras: el mismo evangelio exige reconocer a Cristo (Mt 10,32-33) y hacer la voluntad del Padre (7,21), y la tradición apostólica habla de una fe que actúa por el amor (Gal 5,6; St 2,14-26).

Tampoco dice que los justos actuaran "sin motivos religiosos": solo que no reconocieron a Cristo en los necesitados ("¿cuándo te vimos?"). La enseñanza católica ofrece el marco para sostener la dimensión universal sin vaciar la fe: quienes sin culpa no conocen a Cristo, buscan sinceramente a Dios y obedecen a su conciencia pueden alcanzar la salvación (*Lumen gentium* 16), y el Espíritu ofrece a todos la posibilidad de asociarse al misterio pascual (*Gaudium et spes* 22). "Laico" es, además, una categoría moderna que no corresponde al texto.

- **Cristo "está en cada ser humano" y la "fusión".** Cristo reina "fundiéndose e identificándose" con los que más sufren y que "el Rey del Universo está en cada ser humano". Mt 25,40.45 sostiene una identificación real ("a mí me lo hicisteis"), y la tradición la formula con prudencia: por su encarnación el Hijo de Dios "se ha unido, en cierto modo, con todo hombre" (*Gaudium et spes* 22). Esa formulación evita dos errores: leer la identificación como una fusión que borre la distinción entre Cristo y las personas, y tomarla por equivalente de la presencia sacramental, que se da de manera "privilegiada" en la Eucaristía (cf. *Sacrosanctum Concilium* 7, que enumera los modos de presencia de Cristo en la liturgia). Así no se contraponen pobres y Eucaristía: el mismo Cristo es alimento en la mesa y rostro en el necesitado.

- **Juicio, misericordia y esperanza de salvación universal.** Las lecturas de hoy sostienen dos horizontes Mt 25,46 habla de "castigo eterno" y de "vida eterna"; 1 Cor 15,28 habla de un Dios que será "todo en todos". La Iglesia no ha declarado condenada a ninguna persona concreta, reza para que todos se salven (1 Tim 2,4; 2 Pe 3,9) y enseña que Dios no predestina a nadie al infierno, que exige una aversión voluntaria a Dios (*Catecismo* 1037). Mantener ambas cosas: la seriedad real del juicio —ya se nos avisó— y la esperanza para todos, sin amenaza ni universalismo ingenuo. Ez 34,17 añadir que el juicio "entre oveja y oveja" alcanza al propio rebaño; no es un juicio de los de dentro sobre los de fuera.

- **Realeza de Cristo y triunfalismo.** La fiesta nació en 1925 y se invocó a veces como bandera de proyectos políticos confesionales; se puede leer como realeza de servicio, lo que coincide con Jn 18,36 y con la crítica a los "Césares" que desarrolló el Domingo 29. Conviene decirlo presamente porque la expresión "Rey del Universo" puede evocar poder y gloria mundana. Y conviene no usar la imagen real para legitimar autoridades eclesiales o políticas: el Rey que reina sirviendo juzga a quienes ejercen autoridad (cf. Domingo 31 y Ez 34,1-10).

Para una reflexión y movilizadora

Lo más desconcertante de la fiesta de Cristo Rey es el trono. Mateo lo describe con toda su gloria —el Hijo del hombre, los ángeles, las naciones reunidas— y, en cuanto el Rey abre la boca, la escena cambia de registro: no habla de ejércitos, ni de templos, ni de doctrinas, sino de pan, agua, ropa, enfermos y cárceles. Los títulos que tendría un rey humano quedan sustituidos por una identificación: "conmigo lo hicisteis". Esa es su credencial. Puede leerse como programa: servir es reinar. Y la pregunta es incómoda y concreta: **¿qué clase de Rey es este, en quien creemos y a quien seguimos?**

La segunda es la sorpresa compartida. Ni los que alimentaron ni los que ignoraron sabían de quién se trataba: unos y otros preguntan "**¿cuándo te vimos?**". El examen no mide cuánto sabíamos de Cristo, sino cuánta atención pusimos a la persona que teníamos delante. Y las preguntas son tan sencillas que no hay excusa: un vaso de agua, una visita, un abrigo, un lugar en la mesa para el forastero. Pero ya nos han avisado de las preguntas del examen, no amenaza: quita de coartadas. Nada de esto vuelve secundarias la oración o la Eucaristía: el Cristo que se nos da como alimento en la mesa es el mismo que espera en la calle. Lo que el texto pone a prueba es si ambas presencias nos llevan al mismo lugar.

La tercera provocación viene de Ezequiel y es fácil pasarla por alto: el Pastor juzga entre oveja y oveja. El juicio no separa a la Iglesia del mundo, sino que pasa por dentro del rebaño, entre los que empujan a los débiles y los que los cuidan. Y esto cierra de manera circular la lectura continuada de estos domingos: empezó con quien dijo "**voy y no fue**", y termina con la advertencia de que no basta decir "**Señor, Señor**". Entre ambos extremos pasaron **la viña, el banquete, el César, el mandamiento del amor, los que enseñan, las doncellas y los talentos**. Todos esos domingos se dejan resumir en la pregunta que el Rey formula hoy sin rodeos: **¿qué hiciste con el que tenías al lado?**

Pero Pablo no deja la escena en el tribunal. Detrás del juicio hay un horizonte: Cristo, primicia de los resucitados, vence a todos los enemigos, el último la muerte, y entrega el Reino al Padre para que Dios sea todo en todos. La seriedad del juicio y la esperanza para todos no se anulan: se sostienen mutuamente, y la Iglesia reza cada día por ambas. Mientras tanto, el Reino se está gestando: cada obra de misericordia es un fragmento visible de ese Reino que todavía no se manifiesta. Por eso la petición del Padrenuestro, "venga a nosotros tu reino", puede rezarse hoy "con mayor confianza" y también con mayor compromiso. Pablo cierra el capítulo de la resurrección con una frase que sirve de clave para toda la vida cristiana: **lo que se hace en el Señor no es en vano** (1 Cor 15,58).

Ahora... ¿qué haremos?

1. Imaginar la realeza de Cristo desde el servicio. revisar las imágenes triunfalistas de la fe y ejercer toda autoridad o liderazgo —familiar, pastoral, social— como servicio, según el lema "servir es reinar" (cf. Jn 13; Jn 18,36).

2. Dejarse examinar sobre la misericordia. hacer un examen semanal con las seis obras de Mt 25,35-36 —dar de comer y de beber, acoger, vestir, visitar al enfermo y al preso— y concretar una obra cada semana, sin esperar a saber cuándo se vio a Cristo en el necesitado.

3. Unir Eucaristía y servicio. reconocer a Cristo en los pequeños sin descuidar su presencia sacramental: que la comunión y la oración lleven a la acción caritativa de la comunidad, y que esta se alimente de la mesa del Señor; rezar el "venga a nosotros tu reino" como compromiso.

4. Cuidar a los débiles dentro del propio rebaño. buscar a las ovejas descarriadas y heridas de la comunidad, no empujar a los débiles y examinar con honestidad el modo en que quienes guían tratan a los más frágiles (Ez 34,16.18-22).

5. Vivir la esperanza pascual con fidelidad activa. tomar la resurrección de Cristo, primicia de la nuestra, como motivo para no enterrar los talentos ni refugiarse en la seguridad: audacia con fidelidad, sabiendo que lo hecho en el Señor no es en vano (1 Cor 15,58; cf. Domingo 33).

6. Predicar con honestidad. mantener juntos la seriedad del juicio y la esperanza para todos (Catecismo 1037); no restringir ni diluir el criterio de Mt 25; no oponer fe y obras ni pobres y Eucaristía y evitar el triunfalismo político de la expresión "Cristo Rey".